

ESTUVO poco tiempo abierto al público; y son, por eso, contadas las personas que lo recuerdan. Puede decirse que fracasó desde la noche de su inauguración. En vista del gran negocio que

hacían los circos ecuestres, entre ellos el «Metropolitano», de los Hermanos Horrrin y después de Yarini, que levantaba su hermosa carpa en la esquina de Monte y Cárdenas, donde andando los años se fabricó la casa de Máximo Gómez, Miguel Jané, un catalán emprendedor, concibió la idea de fabricar un amplio y cómodo edificio de cantería, en Dragones y Zulueta, para instalar en él un circo a estilo del de Medrano y otros en París, New York, Londres Barcelona etc. Pero el público entendió que era más fresca y más simpática la carpa de lona que se había usado hasta entonces con sus primitivas y humosas candelillas de petróleo al centro; las amplias y ventiladas gradas de madera, debajo de las cuales podían colarse de ocultos los pilletes; y las lunetas móviles a gusto del pagano, sobre la blanda arena del piso. Le resultaban más al público las gracias de los payasos, y la habilidad de los acróbatas, en medio de la rústica pista; por otra parte más próximos a sus ojos y casi al alcance de sus manos. En Madrid pudo prosperar el «Circo Price», porque las carpas y tinglados de lona no se permitían en el centro de la ciudad, sino en sus lejanas afueras o arrabales; pero aquí en la Habana, donde se levantaban altivas y señoras en los puntos más céntricos de la capital—Calzada del Monte; Paseo de Carlos III, calle de Egidio, etc—el famoso «Circo Teatro Jané» no resolvía ningún problema, a pesar de sus numerosas localidades; sus amplios palcos; sus bien acomodadas aunque escasas lunetas; sus seguras galerías de piedras... —Muy duras; decía la gente.—Además de la pista—no muy ancha en verdad—tenía su escenario para los números de variedades y las pantomimas; lo que resultaba otro fracaso, tal vez el mayor; porque a la chiquillería le gustaba, cuando «corría la vieja», interpretada por el payaso vestido de mujer, con un rabo de estopa encendida sujeto por detrás del tónico, sentir en la cara el calor y el humo de las llamas...

«El Circo Teatro Jané» se inauguró por los años 1884, 85... y fué levantado, como dijimos, por Don Miguel Jané con dueño con Don Miguel Gener de las famosas vegas de Vuelta Abajo «La Maja-gua» y «Monterrey». Antes habían sido los dos compradores de la casa almacén de tabacos de Don Juan Conill. Como circo ecuestre trabajó nada más que unos meses dedicándosele después, por la Sección de Declamación del Centro Catalán, allí próximo, que lo tomó en arrendamiento, a las representaciones de dramas y zarzuelas catalanas, de las que se recuerda la chispeante parodia de «La Gran Duquesa» de Offembash, escrita por el autor barcelonés Serafi Pitarrá, con el título de «La Gran Sartresa de Miravente», en la que desempeñaba la protagonista la aplaudido artista aficionada de aquellos señora Teresa Geli de Robreño; y también uno de los papeles secundarios el popular y querido don José Aixelá, en la flor de su juventud; y ya entonces encendiéndole velas al arte en todas sus manifestaciones. Miguel Jané, después de múltiples fracasos, murió en la mayor miseria, al amparo de la Beneficencia Catalana; triste fin casi siempre, de cuantos se sacrifican en «beneficio» del público.

Santiago Pubillones—el Coronel—mantenía el criterio, al parecer acertado, de que los circos ecuestres para prosperar, han de levantarse forzosamente en las cercanías de los paseos y los parques; y con ese criterio ganó los valiosos brillantes que ostentaba en sus sortijones y en los puños y pecheras de sus nítidas camisas. Su solo nombre era una garantía en las plazas de New York, París, Barcelona etc. por las que verificaba un recorrido todos los años, luego de dar fin a sus fructuosas temporadas en Cuba, para proveerse de los mejores artistas. En fama y crédito le siguió después la empresa de los inseparables «Santos y Artigas», con su agente Ramiro de la Presa, el popular y activo representante de la «mosquita», hermano del malogrado Manolo, el mejor discípulo de Frégoli.

De aquellos artistas de circo que vinieron a la Habana por aquella fecha, recuerda el público descolorido de entonces, sobre todos al padre abuelo de los pabillos, Don Manuel, que era asturiano,



no, y a sus hijos y sobrinos, entre éstos a Carmita muerta trágicamente no hace mucho al caerse de un trapecio, una noche que trabajaba en una carpa de las afueras, «filial» de la empresa «Santos y Artigas». Popularmente era conocida la pobrecita en los barrios donde trabajaba y se le quería tanto, por «Carmelina la Maromera». Murió entre aplausos, como había vivido; perpetuando la gloria de la familia.

Recordamos una noche en que el gran orador don Manuel Sanguily, en compañía de Hernández Miyares y otros amigos contemplaba, desde un palco del circo de Pubillones en la calle de Zulueta, trabajar en la «cuerda floja» al hijo del viejo Robledillo—que acaso superó la gloria del padre—del modo sin igual que lo hacía, entre bravos y ruidosos aplausos; en vísperas de partir el asombroso sonámbulo para Alemania con un magnífico contrato.

—Bien vaya usted—le dijo Sanguily, en una visita que al terminarse la función le hizo al artista en su modesto camerino de lona.—Lo mismo se honra a la patria pronunciando bellos discursos, como bailando en el alambre de la manera prodigiosa que usted lo hace.

De la época de Jané, los Hermanos Horrrin; Yarini; Santiago Pubillones; el famoso Coronel que la chiquillería aclamaba con su gritería y sus aplausos al verlo aparecer en la pista con su fusta y su brillería cegadora; su sobrino Antonio, víctima del tifus, en Méjico; y de Santos y Artigas, se recuerda una serie de artistas que hicieron nuestra «felicidad», desde muchachos hasta que las canas peinaron nuestras sienas. En cuanto en un concierto de los más serios, o en una retreta popular de las más alegres, oímos la «Cabalgata de Guillermo Tell», o «La Cacería de Marta», que eran las piezas obligadas de la «música de circo», nos vienen en seguida a la memoria aquella emocionante noche de «caballitos», y poco falta para que la más franca risa brote de nuestros labios, «casi oyendo» las gracias y las salidas chuscas de los payasos «Banasco», «Toticó», «Pito», «Teddy», «Guerrerrito», «Polidor» etc. Y más se ríe uno, cuanto más se pregunta: ¿Y yo me he reído de eso?

Por lo general los números «nuevos» producen un efecto contradictorio en los viejos espectadores del circo. Pocos de esos números han superado al de los famosos ecuestres, familia Hannefors; al sin igual malabarista austriaco Kara, que asombraba al público con sus difíciles ejercicios, imposibles al parecer de llevarse a cabo—¿qué juegos de equilibrio no hubiera hecho hoy con la complicada cuestión checoslovaca?—a los hermanos Cadorna, los reyes del espacio en su vuelo de pájaro, espanto del mundo; a tantos y tantos magníficos barristas americanos, entre ellos O-Leary, los hermanos

Bell; Wilson etc. y a Mr. Clark, el de la bicicleta del diablo que una noche no paró en un circo de New York, hasta dar en el mismo Infierno con sus huesos... Ante esas novedades del día, que lo son, como otras sólo en su apariencia externa, tiene uno que decir al cabo, lo que dice ante la avalancha de ciertos modernismos: «Será otra cosa, sí; pero no es la poesía. Otra cosa; pero no la música. Otra cosa; pero no la pintura. Otra cosa; pero no el amor puro, sencillo, ingenuo, que daba calor y vida al corazón. Otra cosa; pero no el circo de «Chocolates»; de los «Carreteritos»; del caballote blanco encima de cuyo ancho lomo se podía bailar el vals «Sobre las olas»; de Mr. Thompson aquel que se salía del baúl; de las grotescas pantomimas finales que acababan a sarthenazos y escobazos, entre ensordecedora gritería; a los vertiginosos sonos de la humilde charanga con honores de orquesta...»

Convencido el equivocado fundador del Circo Teatro Jané, de su impotencia para luchar con sus colegas los dueños de las carpas que existían entonces dió comienzo a una serie de espectáculos que precipitaron el definitivo desenlace de su empresa. De ellos se recuerda uno llamado «Panorama Parisiense»—que obtuvo buen éxito—y que consistía en un amplio y vistoso cuadro, representativo de la batalla de Champigny, que tuvo efecto del 30 de noviembre al 2 de Diciembre del año 1870, durante la guerra franco prusiana y en el sitio de París, el cual cuadro contemplaba el visitante en una plataforma, desde lo alto de una torre a la que se llegaba después de subir una no muy cómoda escalera de caracol y de atravesar un largo y no bien alumbrado pasillo que arrancaba desde la puerta de la calle, para dar acceso al espectáculo. Como se comprenderá, fué preciso señalar días especiales para «señoras» y «caballeros» y recomendar desde luego en grandes letreros, fijos a las paredes, que se tuviese «cuidado con la cartera» dados las naturales apreturas e inevitables empujones que tenían lugar en aquel estrecho pasillo.

El panorama, pintado y dispuesto por excelentes escenógrafos y atrecistas, entre los que figuraban el hábil pintor catalán Clauzolle, que fué quien trazó el dibujo general del cuadro, Juanito Ruiz Miguel Arias, que había acabado de pintar en Payret «Los Sobrinos del Capitán Grant», Don Joaquín Rolroff, y los pintores hermanos Arturo y Santiago Quiño, nes muy jóvenes entonces y otros, resultaba interesante y atractivo en grado sumo. Había sido copiado de otro similar que se exhibía en Bélgica, para contemplar la Batalla de Waterloo; y en Londres, New York y Barcelona, para otros combates y sucesos de importancia. El año 23 vimos otro panorama semejante en la calle de la Universidad, en París, referente a la batalla del Marne, en la guerra mundial.

Después de la guerra de Independencia, en 1899. Lluch, un catalán emprendedor de aquellos tiempos, entusiasta de los espectáculos novedosos, intentó hacer lo mismo aquí en la Habana con la «Batalla de la Loma de San Juan» librada en Santiago de Cuba, entre españoles y americanos; pero no encontró quien le financiara el negocio; el que de seguro hubiera fracasado, porque la gestición estaba cansada; y ya no quería ver la guerra «ni en pintura».

Para que el lector pueda darse exacta cuenta del efecto que causaba en los visitantes del «Circo Teatro Jané» aquel espectáculo, creemos oportuno copiar lo que el notable escritor, nuestro compañero en estas columnas del DIARIO DE LA MARINA, José Caminero, escribe con respecto al «Panorama de Waterloo», en su ameno libro «Lo que yo vi en Europa», «La impresión—dice Caminero—que se tiene inmediatamente, es de un gran realismo. Parece encontrarse uno dentro del fragor de la lucha. Los soldados y caballos de tamaño natural, hechos de «papier maché», parece venirnos encima desde los pocos metros que los separan del lugar donde nos encontramos situados. Continuando la vuelta alrededor de la plataforma circular, da uno el frente hacia el Sur, hacia Francia, dejando a la espalda Bruselas—al Norte—A la derecha, al Oeste se divisa la villa de Braine L'Alleud y su campanario; a la izquierda o hacia el Este se distinguen en el horizonte los bosques de Ohain y de París. A la derecha de la granja de Hougoumont, se ve la carretera de Nivelles, bordeada de árboles; en el horizonte la granja de Mon-Resir. El castillo de Hougoumont se une con el camino por una avenida de álamos. La carretera se extiende hacia el Norte, donde se cruza con la de Charleroi y Mont Saint-Jean. Este camino también bordeado de árboles, a trecho, viene de Charleroi, y pasa por Gosselies, Fresnes y Quatre Bras. Tan pronto como se divisa éste, se ven en el Panorama un punto blanco, que es la granja de Rossom; y más cerca, una casa de techo rojizo, que es la Belle Alliance; la granja de Trimotion y, finalmente, más cerca aún la granja de la Haie-Saint, con su huerto al frente. Al otro lado del camino aparece un arrenal, cuya parte Norte está cubierta de arbustos. Vemos entonces un árbol solitario, el árbol de Wellington, donde durante la primera parte de la batalla estuvo el Mariscal».

El señor Caminero se extiende en más detalles acerca de la batalla de Waterloo; pero basta con lo anteriormente copiado para que el lector pueda darse una idea de cómo en el «Panorama Parisiense» se había reproducido la famosa batalla de Champigny, perdido por los franceses en 1870. El cuadro de Champigny se desmoronaba en pleno invierno; y producían un gran efecto pictórico aquellas tonalidades blancas y rojas—nieve y fuego—que dominaban en el paisaje. Recordamos el detalle de un horno de cal en ebullición que alumbraba allá a lo lejos con sus llamas, las paredes de algunos edificios de la ciudad en sitio. Varios reflectores de gas, convenientemente colocados, esparcían sobre el conjunto, a través de micas de colores, una difusa luz de madrugada que le comunicaba a todo un fuerte ambiente de realidad; hoy, con el aire acondicionado, la ilusión hubiera sido completa.

Por aquella fecha, y algunos años después, los alrededores del «Circo Teatro Jané» tenían cierto aspecto de feria de pueblo, con la primera Montaña Rusa que se instaló en la Habana, en una esquina del Parque de la India; varias «vistas fijadas» que se exhibían en los portales vecinos, y un enorme elefante que le daba vuelta, tarde y noche, al Campo Marte, montando los paseantes a veinte centavos, billete cada una; y guiado por un gigantesco indio que se decía de la India Inglesa con sus negras barbas hasta la cintura; su blanco turbante; y sus ojos que se destacaban en su rostro cetrino como las miradas de fuego de un tigre; seguramente un indio pintado oriundo de las barracas de Coney Island.

Todavía intentó el Centro Catalán hacer un último esfuerzo para reanimar e infundirle vida al moribundo circo teatro, inaugurando en él una serie de bailes; pero el lugar no resultaba lo suficiente amplio y cómodo para el caso; y el público se resistió una vez más a favorecerlo con su apoyo, no obstante amenizar el programa bailable una buena or-